

¿ESTAMOS «CIVILIZADOS»?

si mismos en la medida en que cambia la estructura del poder en la sociedad. Todos los códigos antiguos son sometidos a crítica, incluso por parte de sus beneficiarios.

—Según usted, es una élite, la aristocracia de corte, la auténtica promotora de ese proceso de civilización de que hablamos. ¿Podemos deducir de todo ello que en una sociedad de masas, en una sociedad igualitaria, se agotaría la fuente del movimiento civilizador?

N. E.—En absoluto. Ello equivaldría a desconocer el juego de las relaciones de los grupos dentro de la sociedad. No creo que una clase sea promotora de los cambios y las demás sigan pasivamente. Lo único que digo es que la aristocracia de corte ha sido durante varios siglos uno de los talleres donde se han fraguado modelos de comportamiento. Estos correspondían a cambios profundos en las estructuras de la sociedad. Es lo que explica su difusión por todas las clases sociales de Europa.

«Hoy nuestras sociedades están comprometidas en un proceso de democratización que no me parece en absoluto que vaya a frenar el movimiento civilizador. Creo, antes bien, que la democratización va en el mismo sentido que la civilización, como ocurrió ayer con la aristocracia de corte.

—¿Cómo es eso?

N. E.—La democratización representa una determinada distribución, más igualitaria, del poder dentro de la sociedad. No existe, pues, un modelo único, como ocurrió en el pasado con el de la corte. Y los códigos de usos necesarios tienden a establecerse automáticamente, por tanteos, sin ser impuestos desde el exterior. Tal es el caso, por ejemplo, del comportamiento de los automovilistas, en el que se manifiesta un mayor autocontrol, que tiende a la moderación y autoriza el alligamiento de los tabúes y las restricciones impuestas desde fuera. Todo eso forma parte del proceso de civilización.

—¿Cómo empezó usted a interrogarse sobre comportamientos y costumbres a las que nadie antes había prestado atención: escupir en la mesa, limpiarse los mocos con el mantel, etcétera?

N. E.—Hace cuarenta años inicié unas investigaciones entre el liberalismo en Francia en el siglo diecinueve. Veo usted a dónde me llevó todo ello. Al remontarme en el pasado, encontré actitudes y palabras tales como «cortesía», «civilidad» y, más tarde, «civilización», que me hicieron reflexionar sobre el proceso de civilización.

—Pero, ¿cómo es que usted, ciudadano británico de origen alemán, se ocupó de hechos pertenecientes al marco francés?

N. E.—Es una pequeña historia de amor no correspondido. En el año mil novecientos treinta y tres, a la llegada de Hitler al poder, me refugié en Francia. Sin embargo, el sistema universitario francés no supo hacerme un sitio. En Gran Bretaña tuve más suerte, y en las bibliotecas británicas descubrí auténticos tesoros relacionados con el Medioevo francés. Pero mis investigaciones no se consideraron en un principio dignas de la ciencia. Y «Sobre el proceso de civilización», escrito en mil novecientos treinta y nueve, no fue publicado en Alemania hasta mil novecientos sesenta y nueve, después de diversas vicisitudes debidas a las persecuciones contra los judíos y a la guerra. Es un libro que por poco no ve la luz pública... Hoy soy ya europeo... Tengo discípulos en los Países Bajos, en Alemania, en Gran Bretaña...

—Una última pregunta relativa a la libertad. La civilización consistiría en el control progresivo de los impulsos, en un conjunto de restricciones de lo que los hombres consideraban como «libertades», la de matar, violar, saquear, etcétera. ¿Cómo saber qué libertades podemos reivindicar legítimamente sin poner en peligro a la misma civilización?

N. E.—Llegando a un más profundo conocimiento del proceso de civilización. Hasta hoy, estas restricciones que hacen de nosotros seres civilizados se han impuesto a ciegas. Han sido dictadas por los intereses de poder de los grupos sociales dominantes: la aristocracia de corte, primero, y luego la burguesía, heredera de esa aristocracia. El resultado ha sido con frecuencia negativo. Por ejemplo, si las restricciones sexuales tienen como consecuencia un cincuenta por ciento de casos de frigidez entre las mujeres y un porcentaje equivalente de casos de impotencia entre los varones, es que pecan de exageradas e inadaptadas. Las restricciones como tales no son negativas. El hombre en sociedad no puede prescindir de ellas. Lo que sí es posible criticar es el modo en que se nos imponen, así como su intensidad y forma. Tenemos que descubrir sus funciones. Así podremos dominarlas mejor. El progreso en este terreno sólo podremos lograrlo con el conocimiento. Sólo entonces podremos detener esa hemorragia de placer humano, que a veces me causa auténtica amargura...

■ Declaraciones recogidas por STANISLAS FONTAINE.

